de la esfera que debia contener los límites de la Nueva España; los dos recorrian nuestros bosques para engalanar la ciencia; los dos, con el termómetro y el barómetro, median las alturas y se anticipaban á los caprichos del calor y de la atmósfera; los dos contemplaron la nieve del Popocatepetl; los dos escucharon las revelaciones de los monumentos aztecas; los dos regresaron á la Europa fatigados con los tesoros de un mundo todavía medio desprendido de las tinieblas, y los dos deben ser inseparables en este apoteosis. Si la sombra de Humboldt nos contempla, la de Bompland la acompaña.

14 de Setiembre de 1869.

DISCURSO SOBRE LA POESÍA ERÓTICA DE LOS GRIEGOS

Leido en el Liceo Hidalgo.

ESCUCHAD con benevolencia, señores, las humildes palabras de un pagano sobre la poesía erótica de los griegos: ese pagano soy yo. Injustos seriais vosotros si os anticipaseis recibiéndome como un fanático ó como un intolerante; protesto que confundo en un mismo culto á los clásicos y á los románticos, cuando ellos asaltan el altar armados de su lira; y aun tengo una capilla reservada para los fetiches, entre los cuales modestamente me he colocado en medio de muchos amigos.

Pero mi admiracion por el Dante, por Petrarca, por Shakespeare, Lamartine y Víctor Hugo, y aun por los redactores de *La Voz de México*, no es bastante, lo confieso, para persuadirme que los griegos no llegaron al *idealismo* en sus composiciones amorosas. La Grecia entera no existe para nosotros sino en el mundo de ilusiones hasta donde ellos mismos se elevaron; su historia es un himno celebrando un apoteósis. Confundimos á sus héroes con los semidioses; á los legisladores con los oráculos; á los poetas con los inspirados; sus cortesanas eclipsan á las reinas; nos imaginamos al pueblo coronado de flores, y de laureles á los guerreros; sus estatuas y

templos arrebatan nuestra sorpresa; vemos en sus mares los tritones y en sus bosques las ninfas; el vientecillo que juguetea entre sus flores se llama céfiro; sus abejas, sus palmas, sus encinas, sus fuentecillas y sus rocas nos encantan con su poesía; y hasta el polvo se levanta en nubes de oro, como en los cantos de Píndaro, tanto más precioso á nuestras miradas cuanto que está formado por los fragmentos de los dioses y por los huesos de Maraton y de Platea. Y en esa nacion, que toda ella es fábula, y nos obliga á contemplarla como visionarios; entre esas musas, eternos modelos de atrevimiento y de elegancia, sólo Erato se arrastró sin alas y enmudece avergonzada escuchando las coplas de Zorrilla y de Casimiro Collado?

Increible parece! A mí me confunde sin embargo oir á la mayor parte de nuestros poetas pronunciar estas palabras: *lo sublime del amor no fué conocido de los griegos; nosotros lo hemos descubierto y por lo mismo sólo nosotros sabemos cantarlo.* ¿Cómo rechazar una opinion que igualmente aparece en los labios alemanes y en los labios aztecas? Comienzo por humillar mi frente ante ese fallo; y si apelo, no es solicitando la absolucion sino la indulgencia. Cuando un abogado griego defendió á Friné ante el areópago, como último alegato la presentó desnuda; yo no levantaré sino una parte del velo que envuelve á la musa de los amores; es ella una jóven inocente y al mismo tiempo maliciosa, encanto de los helenos! Sus románticos jueces no serán más inexorables que los ancianos de Aténas. Piedad, Vigil! Piedad, Justo Sierra! Y, sed tambien compasivas vosotras las poetisas mexicanas!

En Grecia, como en todas partes, se conocian tres clases de mujeres: las esposas, las queridas y las prostitutas. Las primeras tribus de esa nacion llevaron del Asia á la Europa la vida patriarcal para sus instituciones privadas, y el feudalismo para sus relaciones sociales; sus sacerdotes ensayaban la teocracia; y el comercio al fin les aseguró la democracia y la filosofía. La familia en todos esos cambios sufrió pocas modificaciones; ni conoció el encierro absoluto de los asiáticos modernos, ni la absoluta libertad de los modernos europeos; mujeres y niños se subalternaban simplemente al jefe del hogar; su aislamiento tenia mucho de orgullo aristocrático, supuesto que en las casas donde imperan los recuerdos genealógicos, la amistad y los amores no pueden presentarse sin títulos de nobleza. Pero las más honestas matronas tenian sus tertulias con hombres y mujeres; Plutarco se limita á recomendarles que no tengan más amigos que los amigos de su esposo. Llegaban hasta emprender romerías: el mismo Plutarco nos cuenta, que cediendo á los deseos de su mujer, la llevó con la familia de ella al monte Helicon, donde hicieron un sacrificio al amor, como protector de los afectos más tiernos y conservador de la paz doméstica.

Las damas de mayor fortuna no desdeñaban los quehaceres de su sexo; y todas, en desempeñarlos con destreza cifraban su orgullo. Esa vida laboriosa no era un obstáculo para que la embellecieran con el canto y la música, y á veces con más sólidos conocimientos. Los griegos creian que el cultivo de las ciencias era un remedio contra las diversiones peligrosas y contra las prácticas á que la supersticion conduce fácilmente á las mujeres ignorantes. Si las madres se elevaban por sus virtudes á tan alto rango, la educacion de las hijas debia corresponder á la gerarquía en que tarde ó temprano se verian colocadas por el himeneo; nada en efecto puede darnos una idea de la pureza virginal, como el recuerdo de las jóvenes antiguas, ya las considerémos en Aténas, ya en Esparta: la gimnasia perfeccionaba sus formas; la danza armonizaba sus pasos; el canto dulcificaba su voz; el baño conservaba su belleza; las flores les coronaban la frente; los perfumes las cercaban de una nube celestial; y sus ligeras túnicas descubrian, no solamente sus encantos, sino la sabiduría mujeril con que las habian labrado. Su casamiento era un triunfo; diosas, pasaban con toda solemnidad de un templo á otro templo; el carro, la antorcha nupcial, la música, los coros, convertian un acontecimiento privado en un regocijo público; y la recien casada no podia olvidar los juramentos

que habian autorizado con su presencia los hombres y los dioses.

La experiencia, contra las teorías escrupulosas y algunas leyes insensatas, acredita que muchos hombres necesitan una querida; y muchas mujeres, no pudiendo ser esposas, y no queriendo ser rameras, se colocan instintivamente en una clase intermedia: tal es el género concubina. Estas mujeres, pues, son las que han presentado en la Grecia una variedad que todavía no ha logrado aclimatarse en ninguna parte; la manceba comun es una esposa vergonzante ó una mujerzuela ennoblecida; pero las grandes cortesanas de la Grecia supieron trasfigurarse de modo que elevaron su estado, su profesion, á un verdadero poder público, á un sacerdocio.

Los nombres de Lais, Friné, Thais, Aspasia, se confunden con el de Vénus por la hermosura que representan; y tal vez por la sabiduría, con el de Minerva: no todos los ciudadanos tenian una querida tan famosa como la de Pericles; pero las Aspasias de segundo rango como las del primero, sabian enloquecer á sus adoradores.

Las Vénus vulgares, como siempre, formaban una especie cuya venalidad es infamante y cuyo contacto mancha; pero que conquista la tolerancia de las costumbres y las leyes por la oportunidad de sus servicios; esto explica la existencia y aun la proteccion de muchos modos de vivir que no se alejan del *dicterionado:* los diputados ministeriales, los que profesan la obediencia pasiva, los teólogos titulados y la policía secreta.

Tendré necesidad de explicar por qué esas matronas griegas y sus hijas no se prestaban, como asunto, á las profanaciones de la poesía erótica? Un canto á una mujer, si no es en circunstancias especiales que lo justifican, es ni más ni ménos una declaracion de amor. ¿A quién intentaria seducir el poeta? ¿A la casada? Tras la más leve sombra de adulterio se aparecia el divorcio. ¿A la doncella? Constantente vigilada, veia en el esposo á quien confiaba su cintura virginal su primer amante. ¿Se dirigirian endechas mutuamente los dos casados?

Los helenos evitaban la ridiculez y eran celosos hasta con sus queridas.

Por eso un discreto anónimo se explica así:

¡Ay! desde la frente al pié
Desnuda he visto á mi bella.
¡Cuántas flores!—¿Quién es ella?
—Eso sí no te diré.

Y Dioscórides aparece todavía más explícito:

¡Dulces labios, rojas flores
Que formais arco triunfal
A la boca celestial,
Nido de risas y amores
Cuánto mi ósculo embriagais!
Vosotras, luces hermosas
Con vuestras cejas graciosas
Tambien mi alma aprisionais.
Y cuando esas formas miro,
Dos pomas en la figura,
Que vencen con su blancura
A la leche, yo deliro.
Pero loco amante, ¿qué haces?
Con lo que vas revelando
Una presa estás mostrando
A tantos buitres voraces.

Y las mismas mujeres comprendian cuánto la honestidad realzaba su hermosura. Un dia Theano, mujer ó hija de Pitágoras dejó ver una parte de su brazo. ¡Qué hermoso! exclamó uno de los circunstantes. Sí, repuso ella, pero no ha sido hecho para ser visto.

Es necesario insistir sobre la organizacion de la familia antigua, porque sólo así encontrarémos el secreto de muchas instituciones tan importantes para la ciencia como para la literatura; el matrimonio primitivo era un negocio de familia

y una verdadera reproduccion del parentesco; el enlace con los extraños no se concebia sino como un gran favor ó como un delito; todavía la llamada nobleza conserva vestigios de esas costumbres: esos preliminares que se llaman enamorar, hubieran sido vistos como una extravagancia; y así el verdadero amor comenzaba en la mutua posesion de los esposos. Pero el matrimonio es más favorecido por la fecundidad que por las musas.

No por eso dejaban los antiguos de celebrar á la mujer como amante y como madre de familia; pero ella entónces aparecia de heróina en la epopeya, de víctima ó de criminal en la tragedia, y de génio tutelar de los hogares en las odas. A veces, muy pocas, la poesía lírica las consagraba algunas galanterías; pero siempre mezclando la admiracion con el respeto, lo cual no pudo suceder sino cuando los extraños fueron agregados como amigos, y por lo mismo como pretendientes á la sociedad doméstica. Los mismos amores de Leandro y Hero, suponen que los amantes ya no deseaban más que la continuacion de su dicha; no iba en busca de novedades el desgraciado cuando fué víctima de una tempestad en el Helesponto.

Leandro, nada, y dice al mar:
Tu impaciente ira modera;
Hero en la playa me espera;
Ahógame al regresar.

Lo que se llama amor, es nada, cuando no tiene por base la union real de los sexos; así lo comprendian en Grecia hasta las muchachas; y eso era lo que preocupaba á la jóven Safo cuando decia:

Mal los preceptos de mi madre sigo
Errando, distraida, mi labor;
Pero otras exigencias tiene amor.....
¡Oh mi madre! ¡oh mi amor! no sé que digo.

Desconocen á la mujer los que se imaginan que en ese género de vida perdia sus instintos de agradar y la dignidad de su sexo; y la compadecen como una esclava titulada de esposa, afeándose y embruteciéndose entre las labores domésticas. La mujer no tiene más que dos enemigos, la miseria y la supersticion; en todas las demas situaciones de la vida ella sola se ennoblece. Siempre aspira á dominar y le sobran armas para conseguirlo.

El esmero en la persona y en el vestido se ven consagrados en estos versos de Safo:

La jóven que huye de lo limpio y pulcro
Y en traje inmundo su belleza humilla,
De oprobio se alimenta; y jamas brilla
Como una exhalacion sobre el sepulcro.

Sabian cultivar las flores y celebrarlas; oigamos á la misma Safo:

Cuando pedíais, ¡oh flores!
Por reina á la más hermosa,
Os ha mostrado á la rosa,[1]
La reina de los amores.
Su vida es una sonrisa,
Cada pétalo una llama,
Y con su aliento embalsama
El aliento de la brisa.

Y los mismos celos eran poderosos para inspirarles aquella poesía amorosa que desde hace tres mil años agita el corazón de los amantes y es el tormento de los versificadores. ¡Sublime Safo!

Dios de la dicha es el doncel que miro
Por tu voz y sonrisa acariciado,
Y por tí, junto á tí lanza un suspiro
Pronto premiado.

Esto en mi pecho el corazon comprime;
Las alas corta á mi angustiado aliento;
Muerta en la boca que en silencio gime
La lengua siento.

Fuego sutil discurre por mis venas,
Desfallecido el cuerpo se derrumba,
Vagarosos mis ojos ven apénas,
Mi oído zumba.

Frio sudor me baña; y amarilla
Como la yerba que agostada miro,
A los piés de la suerte que me humilla
Trémula espiro.

Los admiradores de esas damas, interesados ó desinteresados, encontraron el tono más digno que en elogio de ellas se podia emplear ántes de que apareciese el romanticismo. Así, Rufino cuenta, no sin galantería, el castigo de su audacia:

De hinojos en la presencia
De mi amada, dije así:
"Salva á tu amante, ó aquí
Pondrá en tus piés su existencia.
La vida en tus brazos halle."
Llora ella; enjúgase luego;
Y con su mano de fuego
Me lleva y planta en la calle.

Ni le falta gracia al bueno de Asclepiades cuando se disculpa de su pasión por una morena:

Cuando os plazca, reid de mis amores.
Negra es, amigos, y la adoro ciego;
No es más blanco el carbón, y junto al fuego
De su seno la llama brota en flores.

Y no desempeñaban aquellos poetas con poca destreza lo conceptuoso, que ahora se llama romántico; ¿qué os parece Filodemo cuando canta:

Heliodora, el alma mia
Me dice que huya de tí,
Porque desde que te ví
Me abandonó la alegría.
Y el dolor que me devora
Con sus consejos no calma;
¿Cómo obedecer á mi alma
Cuando ella misma te adora?

¿Quereis á un poeta escrupuloso? Oid á Macedonio:

¡En cuántos tropiezos topa
La virtud! con una dama
Bebí ayer; y hoy sé su fama. . . .
Muchacho, quiebra esa copa.

¿Deseais ver á un vate indignado contra los que profanan la más santa de las pasiones? Lucrecio exclama:

Amor, del hombre amigo, ¿por qué el hombre
En prosa y verso abusa de tu nombre?

¿Cuándo la galantería ha tenido un intérprete más puro que Teócrito? Obsequiando á la esposa de un amigo con una rueca, se trasfigura en el Píndaro de las labores domésticas:

Hoy te verás en las manos
De la mujer más honrada
Tú, por el arte acabada,
Linda rueca de marfil.
Teugénis será tu dueña,
La de mano blanca y breve,
Y verás cómo te mueve

Con talento mujeril!
Ella misma descubriendo
Una pierna torneada,
Se presenta en la manada
Recogida en el redil;
Y despoja á sus ovejas
De las lanas más sedosas,
Cual si cosechara rosas
Con una gracia infantil.
Elegante canastilla
Luce de copos ornada
Cuando en volverlas se agrada
En hilo blanco y sutil.
Y escucharás las canciones
Do celebra su voz pura
De los cielos la hermosura
Y las flores del Abril.
Y entre sus dedos rosados
Tu esbelto talle movido,
Con agradable zumbido
Darás mil vueltas y mil.
Y tú le darás la tela
Que á esa joven laboriosa
Velará en túnica undosa
El cuerpo blanco y gentil.
Hoy te verás en las manos
De la más digna matrona,
Cetro que mi amor le dona,
Linda rueca de marfil.

Preciso era que tan altas señoras figurasen en la epopeya y en las tragedias de un modo humilde y no con la pompa olímpica, única á que en verso y prosa se prestan nuestros ángeles, que nada entienden de malacates ni demas servicios caseros. Por eso Homero pone en los labios de Andrómaca las palabras y afectos de las mujeres terrestres. Aprovechando un pequeño reposo en medio de los combates dice esa humilde troyana á su marido:

Qué funesta deidad se ha apoderado,
Infelice, de tu alma? Ha de perderte
Tu valor impetuoso! El desgraciado
De tu hijo no es bastante á contenerte;
Ni la horrible viudez te da cuidado
De la que pronto llorará tu muerte:
Unirán sus esfuerzos los acayos
Y espirarás bajo uno de sus rayos.
Prefiero anticipada sepultura
A ver el golpe que de tí me prive,
Entregándome al llanto, á la amargura.
Ya no mi padre, no mi madre vive:
Padre y madre eres tú, flor de hermosura;
No quieras, no, que con tu muerte arribe
Para este tu hijo la orfandad sañosa,
Ni mísera viudez para tu esposa.
—Lo que dices, á mi alma no se oculta;
Pero, si yo cediera, como quieres,
Este valor que impune nadie insulta,
Ludibrio fuera de hombres y mujeres.
Primero ensangrentado á Héctor sepulta
Que infamado le goces. Solo esperes
Que igual en la derrota, en la victoria,
Sobre tí y Astianás brille mi gloria.
Un brazo, entónces, Héctor ha alargado
Pretendiendo abrazar al tierno infante,
Que en el materno seno, apresurado
Se esconde, llora y grita delirante.
El casco refulgente le ha asustado
Con la extraña figura y crin flotante;
Sus tiernos padres con amor lo vieron,
Pronunciaron su nombre y sonrieron.

No con ménos humildad se expresa la Ifigenia de Eurípides cuando su mismo padre se dispone á sacrificarla; nada de las once mil vírgenes, ni de las ánimas benditas, ni de un esposo celestial que se la llevará entre sus cuatro alas: su dolor es el de cualquiera muchacha.